

**El yo y el nosotros para pensar un sujeto humano**

**Del mundo interno y las Relaciones Objetales**

**a la Prioridad del Otro**

**(¿Qué es endógeno y qué es exógeno en el psiquismo?)**

**PARA PENSAR LA DIVERSIDAD DEL ADOLESCENTE DE HOY:**

**ALGUNAS NOTAS EN BORRADOR**

**Dr. Marcelo Viñar**

Me rehúso a hacer aquí un repaso erudito de los libros que leí -pocos o muchos- sobre teoría y clínica psicoanalítica de la adolescencia. Ese saber estudioso releva del empeño de cada quien, en el recato íntimo de su escritorio. Uno se pasa la vida en ese esfuerzo.

Para el espectáculo de ficción que es un simposio, es más eficaz y productivo el arte de seducir, -proponiéndose más la curiosidad e interés sobre el tema-, que una comprensión sistemática que solo se logra leyendo y pensando y no en este juego teatral del espectáculo, el que, sin embargo, puede ser necesario, útil y estimulante. Aunque me consta que quien mucho abarca poco aprieta, pretendo sobrevolar e hilvanar -(en este tiempo acotado)- tres capítulos o párrafos que pretendo trenzar entre sí: a).- la cultura contemporánea; b).- el psicoanálisis en su seno, en su interior; c).- un ejemplo clínico atravesado por lo que precede. Me queda pendiente el tema de la exclusión social, que queda para otra vez.

\* \* \*

**1.- Malestar en la cultura en el mundo de hoy (mundo cambalache)**

¿Cómo nos cambia un mundo que cambia? ¿Qué le ocurre a la mente y a los vínculos -que son la materia prima con que trabajamos los psicoanalistas- en este mundo cambalache que llamamos vértigo o mutación civilizatoria

**Organiza:**



Fundación  
**SOCIEDADES  
COMPLEJAS**


**Auspician:**

**N**  
noveduc

**eccolequá**  
consultora educativa

**Convocan:**

 UNIVERSITÉ  
PARIS DESCARTES

 PSYCHOLOGIE CLINIQUE  
PSYCHOPATHOLOGIE  
PSYCHANALYSE

 UCES  
**apba** asociación  
de psicólogos  
de Buenos Aires  
Carrera de Psicoanálisis con adolescentes

**CILA**  
Collège International  
de l'Adolescence

**APU**  
Laboratorio de Adolescencia  
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

del siglo XXI? El de la expansión de la urbe, de la velocidad de los transportes, de la instantaneidad de la información, de la multiplicación, fugacidad y superficialidad de los vínculos humanos. Cambios materiales (y tecnológicos) pero también, simultáneamente, cambios en los referentes sociales, organizadores de nuestra mente. Señala Baudrillard: *“En el mundo actual no hay realidad y no hay historia, sino simulacro de aquella y negación de ésta. El mundo mediático es el constructor ideológico de una realidad virtual, a través del ejercicio retórico de una “hiperrealidad”. Lo mediático es tan fuerte que desplaza y sustituye a lo que es.”*

Familia, parentalidad, filiación, iniciación sexual, deseo de hijo, trabajo y ocio, ley y trasgresión, sexualidad legitimada y transgresora, (sin pretensión de que la lista sea exhaustiva), son parámetros en las creencias y mentalidades colectivas, que han cambiado de modo, -yo diría vertiginoso- en el curso de las últimas décadas.

Las mismas palabras ya no designan los mismos referentes, y como dice Braudel en Historia de las Civilizaciones, los conceptos –en ciencias humanas, deben ser revisados periódicamente con cada autor y cada época, cada lengua y cultura cambian su sentido y sus resonancias asociativas. Cuando yo digo familia, iniciación sexual, trabajo u ocio, probablemente no piense en lo mismo que un adolescente. Al menos vale la pena verificarlo.

Los códigos, las claves para descifrar lo bueno y lo malo, lo permitido y lo trasgresor, eran nítidos y consistentes; hoy están estallados, fragmentados, son ambiguos, equívocos. Modernidad líquida, dicen Lewkowicz y Bauman. Los garantes metasociales que organizaban nuestra mente, a través del discurso instituido por el estado y la religión, y mediado por la familia y su entorno, hoy se “tinelliza” en el baile por un sueño. Los valores no se discuten en un nivel racional y docto, sino en un juego onírico. El otro mayúsculo, el gran otro de referencia que ofrecían la moral laica o religiosa, están hoy fragmentados o ausentes, dejando al sujeto en la peripecia no sólo de decidir sus opciones, sino de inventar sus códigos sobre el bien y el mal, lo sagrado y lo sacrílego.

\* \* \*

Es curioso como el universo de la técnica y el de las mentalidades, que antaño se nos ofrecían como objeto de estudio, distantes y distintos, prácticamente independientes, hoy convergen en escenarios donde tecné (celular, computadora, facebook, chat erótico) juegan un rol decisivo. Es para mi un misterio, cómo se hace para excitarse

con una pantalla que no tiene ni el olor, ni el tacto de un cuerpo humano. La tecnología y el universo simbólico interactúan de modo inédito y la semiología de su interacción constituye una cuenta abierta y pendiente. Es en este marco –inédito y sin precedentes, que se produce hoy día la estructuración psíquica y se transita la tormenta adolescente...

\* \* \*

## 2.- Para un psicoanálisis de esta cultura (Siglo XXI)

Sin duda la valoración privilegiada de las experiencias infantiles y tempranas, el descubrimiento de la sexualidad infantil y el valor organizador y estructurante de los fantasmas originarios son hallazgos del psicoanálisis que persisten incólumes y vigentes con el paso del tiempo. Pero sabemos también que la tormenta adolescente es el tiempo de una segunda individuación, la que no sólo copia y repite la neurosis infantil, sino que innova y reformula los procesos psíquicos fundadores, yo creo que con ingredientes inéditos.

La primera individuación fue el salto gigantesco del transítivismo del infans al universo simbólico del lenguaje. Sabemos que el aporte genial de Freud revolucionó su tiempo y la comprensión de la mente humana, pero aún un genio es tributario y prisionero de ideas de su época, y es necesario contrastar la actualidad, la contemporaneidad con la mentalidad y sensibilidad de la moral del 900 que tanto ha cambiado. Ni todo cambia ni todo persiste inmutable. Es a nuestra sagacidad y pericia, en la singularidad y diversidad de los casos de leer los algoritmos de cambios y permanencias, y es la tarea pendiente que nos debemos en el surco de la herencia freudiana. ¿Sabemos acaso quién es “el” o “los” autores intelectuales de la revolución sexual de los 70 u 80? De hacer el amor a escondidas a hacerlo en el cuarto de al lado de papá y mamá o los hermanos. ¿Quién decretó ese cambio en los hábitos y costumbres?, ¿son buenos o malos?, ¿de libertad y emancipación o de pérdida de límites y códigos, donde se convalida un vale todo desdiferenciante? Yo no tengo la respuesta. Y si la tuviera me la guardaría, porque como dice Blanchot: *hay asuntos donde la respuesta es la desgracia de la interrogación*. “Si las cosas son claras y simples, decía W.Baranger, *el psicoanálisis no hace falta*” Y en el mundo de hoy, donde toda la sexualidad parece ser visible y transparente, donde la libertad y el orgullo de ser lo que se es, ha superado el heroísmo de la lucha y ya llegado al triunfalismo wagneriano, una sexualidad sin prejuicios ni tabúes..., salvo

condenar el límite de la pedofilia, como abuso del otro, la violación sin su consentimiento... Pero si ya llegamos a la libertad, ¿cómo proseguir?... Ahí está el engaño, a la transparencia y la emancipación, nunca se llega. Es una brújula, no un terminus. Como señala Marcel Mauss: *Lo recóndito y más secreto del alma sólo se revela más allá del lenguaje corriente, refractado en las aureolas de la afectividad*. Y será tarea del psicoanalista ensanchar la razón para poder con ella entender lo que la excede y desborda. (Si todo es visible y transparente, el Psicoanálisis resulta superfluo)

\* \* \*

Parto de una cita de M.L.Pelento: *“Preguntarnos acerca de los cambios culturales y su incidencia en la subjetividad de los niños implica asumir de entrada que el niño no nace sujeto sino que se construye sujeto a través de múltiples procesos en los que intervienen diferentes funciones, referentes y discursos. Cuando alguna de estas fuentes o varias de ellas fallan en su función mediadora y simbolizante se producen desvíos en su construcción llevando a hacer surgir nuevas figuras de desprotección.*

*El hecho de que hablemos de distintas fuentes pone en evidencia que en la actualidad se modificaron y ampliaron los referentes que pensábamos que eran capaces de producir subjetividad. Ya no se restringen (como creímos), a las lógicas propias de las funciones maternas y paternas así como tampoco a aquellos factores incluidos en la escalera progrediente formada también por la escuela y el trabajo. Familia, escuela y trabajo no solamente se modificaron enormemente sino que sus voces, en los casos en que éstas aún se dejen oír, se suma a otros penetrantes discursos como el discurso económico, el científico, el mediático, el social- ideológico, el estético etc”*

Para entender los cambios y mutaciones en curso, a mi no me ha sido útil razonar en término de nuevas patologías versus nuevas expresiones de estructuras psicopatológicas conocidas. No es con la psicopatología el entredicho sino con los cambios culturales. Tampoco tomo partido acerca de si estos cambios son logros o retrocesos, si son maravillosos o catastróficos. Como dice McLuhan, *antes que celebrar o condenar las nuevas realidades, es menester hacer de ellas una semiología cuidadosa y comprensiva*, y recién entonces, después de una observación minuciosa de los cambios y sus efectos, sacar algunas consecuencias útiles para nuestro trabajo:

la escucha psicoanalítica. Si cambia la cultura es lógico que cambien sus malestares y expresiones psicopatológicas. La tarea no concluyó con Freud, sino que será perpetua e interminable.

\* \* \*

Los presentes conocen, igual o mejor que yo, que uno de los hitos más relevantes del descubrimiento freudiano ha sido su énfasis en la descripción comprensiva y minuciosa de la sexualidad infantil, pregenital, y sus efectos y consecuencias en la organización del funcionamiento mental y la construcción de la personalidad. Fue derrumbar la falacia del angelito asexuado con que se concebía al niño prefreudiano y demostrar como en la primera infancia la curiosidad sexual recorre un largo camino en la génesis del erotismo y la moralidad, como vectores definitorios y esenciales de la existencia y condición humana.

La familia burguesa de la modernidad establecía un escenario donde lo privado y lo público fueron territorios claramente discernibles en sus mandatos y prohibiciones, en sus prescripciones y proscipciones.

Inscrito y subordinado a esta organización societaria, la práctica clínica del psicoanalista privilegió la intimidad como su principal (si no exclusivo) campo de operaciones.

Freud intentó, desde Tótem y Tabú hasta el Moisés, pasando por Psicología de las Masas y Malestar en la Cultura, extender su campo de investigación y reflexión, y establecer conexiones entre lo íntimo y lo macro en la cultura de su tiempo. Pero me parece legítimo afirmar que su aventura de pensamiento con la cultura no ha tenido el mismo impacto en nuestra clínica.

Antaño trabajábamos con clase media educada, homogénea, el marco cultural cambiaba poco, era casi un invariante, éramos buenos neuróticos de confección.

El vértigo civilizatorio del tiempo presente, los cambios radicales en los referentes y garantes metasociales, nos imponen –querámoslo o no- a reestudiar la frontera entre la singularidad del sujeto y los mandatos, coherentes o contradictorios, de la cultura en que se habita.

Pensar las relaciones entre vida íntima y vida social, entre la relación del yo y el nosotros, me parece un punto de urgencia del psicoanálisis contemporáneo. Antaño el estado y la religión, la moral laica o religiosa se brindaban como referentes o garantes metasociales para definir la adaptación o la trasgresión, para definir identidades

legitimadas o de resistencia y de protesta, para escoger la brújula de un destino. Antaño, el gran otro del código y las costumbres, fueron un referente al que adherir u oponerse *“para tramitar el caos salvaje de lo íntimo”* (Barrán).

La construcción de un sujeto durante la turbulencia adolescente no se tramita exclusivamente en la intimidad de su mente y de su grupo familiar. De niño, objeto de deseo a la condición de sujeto deseante, hay un largo camino. Munirse de las herramientas freudianas, de las nociones de pulsión y procesos identificatorios, y de la artesanía para escrutarlos me parece necesario pero insuficiente. Otro Zygmunt, no Freud sino Bauman, pone de relieve que la noción de conflicto ha cambiado de carácter: antes se jugaba entre lo permitido y lo prohibido; hoy se tramita entre lo posible y lo imposible. En el primer caso se subordina a una ética, hoy es cuestión de eficacia operacional o instrumental. Que lo prohibido pueda perder vigencia, puede ser signo de progreso y emancipación, también de derrumbe o descarrilamiento. El desafío es leer –en cada caso- si se trata de una cosa o la contraria.

En el desprendimiento o desasimiento de las figuras (o lógicas) parentales, el adolescente se propone –lo sepa o no- reinventar su propia lógica. No lo hace solamente en soledad sino con otros, con sus pares. Cada generación humana trae su promesa de novedad, dice L.Cornu.

Las tribus y pandillas cubren y pueblan el territorio que quedó vacante y disponible, cuando se desinvisten las figuras endogámicas. Pareciéndonos y diferenciándonos de nuestro entorno humano inmediato es que trabajamos el desasosiego identitario -propio de la condición humana- que nos asedia toda la vida, pero de modo particularmente intenso en la adolescencia. ¿Quién soy?, ¿quién quiero ser, quién puedo ser?, son preguntas que nos embargan durante toda nuestra vida. Es una pregunta a uno mismo pero que necesita de otro y de otros para concretarse. El otro que amamos es la parte más importante de uno mismo. Somos en relación, no hay autarquía en el ser humano. Será que nunca entendí la dicotomía freudiana entre narcisismo y amor objetal.

Robert Antelme, que supo de la inconmensurable soledad en los campos de concentración nazi, sabe de lo que habla cuando dice: *“No se olvide que la historia de cada quien se teje en la necesidad de ser reconocidos*

*ilimitadamente... Estamos sujetos encarnizadamente a ser reconocidos y tener respuestas... Cuando esta falta (la respuesta) de los otros, nos devoramos a nosotros mismos y nos volvemos bestias...”<sup>1</sup>*

La anomia de la urbe anónima es una pandemia tan grave y contagiosa como el SIDA o la gripe o la obesidad o las drogas. Por eso las tribus son alternativamente lo más saludable o lo más peligroso de este período de la vida. La construcción de conjuntos transubjetivos de lealtades y pertenencias, es un nudo crucial del proceso adolescente.

\* \* \*

También se ha producido un cambio importante en nuestro modo de mirar o escuchar o de concebir al objeto que investigamos o pensamos, para el tema de hoy, la diversidad de adolescencias. Esquematizando diría que hemos pasado del esencialismo al constructivismo. Ayer pensábamos que el objeto de estudio estaba allí incólume. Que una observación metódica, objetiva, imparcial, iba a revelar los detalles, las cualidades y atributos de lo que observábamos. Nos plegábamos al cientificismo de las ciencias naturales reificando al objeto, desentrañando su naturaleza, sus cualidades y atributos. El aporte de M. Foucault y su denuncia del Panóptico de Bentham ha sido un aporte crucial. Me parece un cambio radical el que hoy nos resulte decisivo incluirnos, incluir al investigador, involucrarnos en el campo observado donde importa tanto la mirada como lo mirado, el lugar del observador, quién mira y para qué. No es la observación neutral y objetivante de las ciencias naturales (que da lugar a un conocimiento monológico), sino de la penetración expresiva en un campo dialógico del que el investigador forma parte.

*“La objetividad es la ilusión de que las observaciones pueden hacerse sin un observador.*

*El lenguaje, el discurso, no son instrumentos pasivos sino un medio vital, una construcción activa siendo más connotativo que denotativo. Más que una representación del mundo, von Foerster considera que es todo lo contrario, más bien el mundo es una imagen del lenguaje.*

*Para von Foerster la reintroducción del observador, la pérdida de la neutralidad y de la objetividad, son requisitos fundamentales para una epistemología de los sistemas vivientes”<sup>2</sup>*

---

<sup>1</sup> Robert Antelme; Los principios en examen, Tel Gallimard

<sup>2</sup> Algunas ideas acerca del Constructivismo Radical. A propósito de dos autores: Heinz von Foerster y Ernst von Glasersfeld

La organización del campo dialógico de Mijail Bajtin reinventada para el psicoanálisis por W. y M Baranger, con el nombre de Campo Bipersonal ha sido otro paso decisivo, que reformula el encuentro entre analista y analizando, tanto más si este último es un adolescente.

En la historia del psicoanálisis, el desarrollo del método creado a partir de la asociación libre y la atención flotante, condujo por su propia fuerza a relevar lo íntimo y lo arcaico, como espacio psíquico de observación privilegiada. La noción de mundo interno y M. Klein interpretando la escena primaria bajo el terror de los bombardeos nazis a Londres, son un extremo caricatural de esa postura. Postura de cuya fecundidad no dudo, sólo cuestiono que se la tome como un determinismo exclusivo. Prefiero la postura freudiana de entender al fantasma como un mestizo entre sistemas.

La revolución de Lacan, con la prioridad del Otro, la robusta trilogía, la banda de Moebius y la jerarquización del après-coup: nachträglichkeit, dan al mundo externo y a la experiencia vívida otra dimensión y vigencia, y denuncia como reductiva la teoría de las relaciones primarias de objeto. El a posteriori y la resignificación, hacen que el tiempo lineal del desarrollo psicosexual se torne una temporalidad circular o caleidoscópica, donde lo actual y lo primitivo se trenzan de manera diferente. No hay un determinismo lineal entre lo primitivo y lo actual, lo viejo o arcaico como causa de lo actual. Hay un determinismo circular, donde en la inagotable producción de sentidos de que el psiquismo es capaz, se constatan las reverberaciones e insistencias del síntoma o malestar, o la exploración de nuevos senderos inéditos, donde poco a poco se descubren nuevas capacidades para ser uno mismo y disfrutar.

*(Aquí se puede saltar al caso clínico)*

\* \* \*

Como el tiempo es acotado y el tema es complejo y multiaxial, yo escogí dos ejes de reflexión: a).- la experiencia del tiempo interior del adolescente de esta época, y b).- algunos rasgos de la peripecia de iniciación sexual, que le



es concomitante. La elección de prioridades es personal, por lo tanto sesgada, no pretende ni ser exhaustiva, ni seleccionar lo más importante, pero creo que son dos facetas a pensar en las adolescencias actuales.

La iniciación sexual, donde desde siempre las soluciones individuales se albergan al interior de los imaginarios colectivos prevalentes. Antaño había solemnización del acontecimiento, lucha entre la tentación y la prohibición, entre lo que se daba a ver y lo que se mantenía como secreto, en el recato de lo íntimo, entre lo que se consideraba legítimo y lo que se consideraba trasgresor. En esa épica, heroica, fuimos paso a paso descubriendo los encantos y dificultades del descubrimiento del erotismo y los avatares de la vida amorosa.

Los rituales de conquista y seducción han cambiado de modo radical, y el código de comunicación e incomunicación entre generaciones se ha disparado de un modo disperso, por no decir caótico. De consiguiente con mis pacientes jóvenes y adolescentes, a mis dificultades de ser psicoanalista y descubrir algunos hilos de su trauma edípica, tengo un trabajo previo, tan apasionante como difícil, -que yo llamaría trabajo de etnólogo-, que consiste en ajustar las claves de significación entre las culturas diferentes que ellos representan en relación a mí. Un mi no sólo personológico, primera persona del singular, sino como representante de una época y cultura del mundo adulto. Sólo si se realiza ese trabajo preliminar es factible la construcción de un espacio analítico donde los efectos de la transferencia puedan desplegarse y producir sus efectos. En el caso opuesto, si no se produce ese espacio lúdico de antropología transcultural, el diálogo analítico se vuelve diálogo de sordos, o de persuasión pedagógica o de enfrentamiento en un ring de boxeo entre adversarios.

En pocas décadas se pasó en el imaginario colectivo del mandato de castidad y la fobia a la desfloración al mandato de la iniciación sexual precoz. Frente a esta polaridad el psicoanalista puede caer en el dilema entre el conservador beato y la libertad emancipadora, en la confrontación simplificadora entre castidad y promiscuidad. No es función del psicoanalista pronunciarse como conservador o progresista, como restaurador del orden o libertario. Su tarea es más difícil, es la de preservar la neutralidad en su coherencia, o en sus contradicciones y paradojas. Es decir, favorecer la explicitación de su conflicto psíquico.

Antaño los conflictos se formulaban entre lo permitido y lo prohibido, dice Bauman, hoy entre lo posible y lo imposible. Se privilegia la factibilidad y la eficacia y se relega la dimensión ética del acto. No se trata de que lo contemporáneo sustituya lo pretérito sino del entretener de lógicas heterogéneas y a veces contradictorias, que coexisten en tiempo y espacio. La tecnología ha logrado discernir en la sexualidad la función orgásmica de la reproductiva. El temor al embarazo como sombra lúgubre del disfrute sexual, se ha disipado, (salvo en los pobres e ignorantes del margen) como consecuencia de la progresiva eficiencia de los métodos anticonceptivos. Pero es necesario no confundir la operación instrumental con la razón trascendental, y por más que haya progresos en las técnicas de control del embarazo y de las enfermedades venéreas, el tema de cómo amar, de cuándo y cómo la desfloración y el descubrimiento del erotismo, son axiomáticamente enigmas a resolver por cada sujeto y cada generación. Enigmas a perpetuidad donde sujeto y cultura tendrán difíciles equilibrios.

En aquellos pacientes de antaño, esos neuróticos de veras, de los que somos dignos representantes, eran cuenteros, nos regodeábamos de una novela acerca de nosotros mismos, o en discursos o acerca de nuestros anhelos e ideales. En la cultura de la imagen y de lo efímero, este personaje secular seguramente no se ha extinguido pero progresivamente resulta una rara ave. Ese neurótico novelista de si mismo es un espécimen menos frecuente, sino en extinción.

En una actualidad pletórica y saturada de imágenes y actos, el texto del paciente se vuelve lacónico, cuando no superfluo y prescindible, (véase la distancia entre la correspondencia tradicional y la actualidad del mail y del mensaje de texto) En ese intervalo, (entre la correspondencia tradicional al mail o el mensaje de texto), más allá de la anécdota descriptiva pensemos en la estructura. El hombre de la modernidad habitaba (o albergaba) un fuero interior donde se desplegaba el tríptico de un tiempo de memorias y proyectos, de nostalgias y anhelos e ideales. El psicoanálisis recibió o promovió (vaya uno a saber dónde está el huevo y la gallina) ese placer –como decía Rilke- de volver a la infancia de las cosas, a ese mítico tiempo de los orígenes donde todo comienza, donde tenemos la ilusión, -ficticia, pero ilusión al fin-, de que vamos a encontrar el aleph de nuestros malestares y padecimientos. Y esto desata un tiempo interior vivencial donde entre ficción y realidad nos construimos un

pasado como causa o embrión de nuestras alegrías y padeceres actuales. Esa creencia, como dice Machado, de que de *“esos polvos vendrán estos barro”*. A este viaje, al que por décadas nos empujó el Freud de los comienzos, culmina en una cumbre desolada, en la estepa árida de nuestra roca original (otro mito). Pero el viaje valió la pena y el retorno no es desolador. Aunque no hayamos llegado a la tierra prometida, seremos quizás un poco más lúcidos acerca de nuestra estupidez, más lúcidos sobre las trampas imaginarias que nos construimos. Hoy día los sujetos disponibles y dispuestos a estos viajes de aventuras y desventuras, estas odiseas contemporáneas, son en principio menos frecuentes. Tal vez hay que fabricarlas. Son menos frecuentes porque en la cultura de la imagen, de lo acelerado y de lo efímero, se va reduciendo la disposición interrogativa y autoteorizante que creíamos constante, invariante y propia de la condición humana (exceptuando los casos extremos de alienación mental cuya patología excedía el alcance de nuestro método)

Hoy la aceleración del tiempo social, pletórico de estímulos y acontecimientos a metabolizar, empuja las almas a la urgencia de andar ligero, aunque sea para ir a ninguna parte (como decía El Principito de St. Exupery). Aquello que nuestro fuero interior albergaba como síntoma o malestar, y aportaba los ingredientes del conflicto psíquico, hoy se derrama en el cuerpo o en la conducta exterior visible, a falta de espesor psíquico para albergarlo. El grito del síntoma y la perentoriedad de su resolución más la propuesta del progreso farmacológico, dejan sin cancha al territorio freudiano de la perlaboración. Los Ulises del inconsciente viajan en jet o en Fórmula Uno y se estrellan en la velocidad del consumo o de la anorexia, o de la adicción, o del suicidio, o de la crisis clásica, según hacia donde apunte Tánatos, si hacia otros o hacia sí mismos. La tarea del analista, -lo que yo entiendo como una arista relevante de los nuevos desafíos para el psicoanálisis-, es restituir el espesor de ese fuero interior donde la pregunta del quién soy y hacia dónde quiero ir vuelva a palpitar como interrogación y no como solución perentoria, donde el espacio reflexivo, de remanso y elaboración gane territorio al imperativo de un acontecer epiléptico donde todo es perentorio, donde *“No sé lo que quiero, pero lo quiero ya”*.

Hoy día es bastante admitido –en las conceptualizaciones y prácticas discursivas- que las adolescencias no son una entidad natural – reificable, sino un construcción social, propia de cada tiempo y lugar, de cada coyuntura histórico cultural y socioeconómico.

El emblema sería, cada sociedad tiene los adolescentes que se merece. ¿Cómo lidiar con esta consigna en la intimidad del consultorio, en la soledad y el encierro en el que nos confina nuestro dispositivo de trabajo?

En nuestras adolescencias, hace apenas pocas décadas, -un instante en la historia-, el territorio de lo público y de lo privado y lo íntimo estaban razonablemente bien delimitados. Me temo que el mundo de la televisión y la informática, de Face-book y del chat erótico haya modificado o destrozado esta frontera (que yo considero sutil y esencial) entre lo explícito y visible del espacio público y la zona de secretos de la intimidad. Pienso a veces que reparar esa frontera y reconstituirla puede ser una tarea novedosa o inédita para el quehacer analítico de hoy en día.

\* \* \*

### **3.- Un ejemplo clínico – Luisa**

Tal vez sea útil volver a la clínica, ver cómo estas ideas que esbozamos en telegrama, desembarcan y estremecen nuestro quehacer de todos los días. Esquematizar el prototipo de un análisis último modelo, 2009, los avatares de un encuentro-desencuentro con un adolescente, que comprimo en una sinopsis.

La madre de Luisa, vieja conocida, personaje público con quien nos apreciamos a la distancia y de larga data, me dice que su hija está mal y pide ayuda. Que varios intentos terapéuticos fracasaron, pero que esta vez, por vez primera, es la protagonista quien pide ayuda: “Vos tenés un amigo psico algo... yo estoy mal”, le dice

\* \* \*

Veinteañera, delgada, bonita, distante, se exhibe ante mi como un personaje de novela televisiva, tal es el tono de tontería y puerilidad que –en mi escucha- impregna su relato. Lo que cuenta retumba en mi como tragedia, como muerte en vida, tener todo y no sentir nada, hablar de sí misma como si se tratara de un personaje de

celuloide, sin espesor interior, donde no se percibe el relieve de afectos, ideas o conflictos. Lo que antes llamábamos la edad de la bobera (la de los 12 a los 14 años), pero en un ser humano de más de 20. Más allá del tono pueril y monótono, su relato es fragmentario e inconexo, como un patchwork o muestrario sin articulaciones nítidas en la secuencia narrativa y significativa. De lo que resulta que la organización de este relato, es, en definitiva, más mía que suya.

Creo que lo primero que trajo y contó, es que tenía esa cosa horrible y asquerosa en la piel, a la que el dermatólogo le asignó tal diagnóstico y sancionó como incurable. Esto le impide tener una vida normal. Debe usar mangas largas en verano para ocultarla, y esto le impide el trabajo de mesera zafra en verano que exige los brazos desnudos, pero los suyos son repugnantes... justo ahora que está enamorada de S..., a quién estará obligada a abandonar en invierno "cuando su piel empeore por falta de sol", y prefiere la soledad a que su partenaire vea o toque esa asquerosidad... Yo imaginé algo muy feo; meses después cuando ella me permitió ver sus brazos, tuve que hacer un gran empeño para percibir una cierta variación de la textura de la piel, que de modo alguno calificaría de monstruosa. Había un abismo de discordancia entre su lectura y lo que me daba a ver.

Habla más tarde, en torrente, de estudios y proyectos inconclusos, de relaciones inestables, de una interminable errancia vocacional., estudios truncos en varias ocasiones Ahora la ha encontrado, la definitiva, como guionista de cine y teatro, sobre temas fantásticos.

En sesiones siguientes, irrumpen momentos de una infancia lúgubre, padres separados, madre siempre ausente, trabajando todo el tiempo, y un padre "alcohólico y paranoico" con quien compartía, de niña, fines de semana en un escenario rural. Padre que escucha ruidos extraños y la obliga a compartir rituales para exorcizarlos y hacerlos desaparecer. Me traslada a la escena y a la trama de la "película de terror" que hoy anima su "vocación" de guionista. Si me atengo al contenido, todo resulta siniestro y ominoso, pero el drama suena en falsete, sin la fuerza dramática con que hablamos de nuestro sufrimiento. Esa trivialización, el falsete me provoca una irritación

particular, casi hasta la exasperación. Me parece que me irrita que alguien se desapropie del dramatismo de su propia infancia, que la pueda tratar desaprensivamente como en un museo de cera, que mimetiza pero desvitaliza la realidad del drama. Como si hubiera un pasado clausurable, insignificante, y el ruido de lo actual significara todo. Pero el pasado es inclausurable, inabordable, y sin él quedamos mudos. La desmesura de mi reacción me asombra; es inhabitual en mi escucha de los neuróticos de mi práctica usual. Si tuviera que adjetivarla –lo que siempre es provisorio- diría que sentí una rara mezcla de ferocidad y ternura.

Utilizando mis afectos (“la exasperación” como guía) no busqué entonces trabajar sobre los contenidos del relato, sino interrogar la distancia o discordancia afectiva y trabajar la desapropiación que ella hacía de su propia historia, y en abrir interrogaciones de cómo ese pasado podía estar presente en su vida actual. Pero mis intervenciones resultaron inoperantes, inaudibles. No había diálogo sino la sucesión o yuxtaposición de dos monólogos.

\* \* \*

Hay muchas maneras de almacenar y convocar el pasado, sus recuerdos me parecían cosificados, congelados y por lo tanto no disponibles. Pensé en el aislamiento como mecanismo de defensa, que aunque arquetípico de la neurosis obsesiva, tiene vigencia en otras estructuras. Evoco la definición de Freud: *“Si la experiencia traumática ha sido reprimida en el inconsciente, ha sido privada de su afecto y sus relaciones asociativas se han reprimido, o roto, de forma que persiste como si estuviera aislada y no es reproducida en el curso de la actividad de pensamiento. La defensa se produce por separación de la representación intolerable de su afecto. La representación aunque debilitada y aislada, permanece en la conciencia”*

De todos modos mis intervenciones o señalamientos no parecen, por ahora, operantes y ella sigue impávida e indiferente a un intercambio verbal conmigo, simplemente instalada en su juego escénico de fragmentos de monólogos que derrama en la sesión. Donde Freud hablaba de aislamiento, hoy hablamos de fallas en la simbolización. Tenía la impresión, o convicción, de que Luisa me mostraba con palabras lo que le ocurría, pero que no me hablaba, en el sentido significativo que yo atribuyo a las palabras. Esta distinción es sutil pero nítida,

es diferente la palabra-acto que el decir significante. Evoco sobre esto las teorizaciones de Bion sobre ataque al pensamiento, y de Álvarez de Toledo sobre el hablar como acción.

Si me detengo en este punto es porque es frecuente y relevante de muchos adolescentes de hoy, una narrativa fáctica y torrencial, sin pausa, que no da tiempo ni lugar a la interrogación, ni a la contradicción o conflicto entre los impulsos y defensas diferentes. Todo se expresa en la acción, el relato parece tener valor de acto.

Me invaden prototeorías. Empiezo a sospechar que hay un isomorfismo o equivalencia entre lo que hacía con su decir y con su piel, algo que simultáneamente es a exhibir y a ocultar, como una paradoja que se refuerza mutuamente. Algo análogo ocurre con la flagelación de la piel por los tallados con objetos cortantes que hoy está de moda y que resulta, que se "es" en el dolor o en el daño físico, en vez de poder expresarse como angustia, como expresión mental de un conflicto. Fallo o fracaso de simbolización, decimos, ¿cómo inventar estrategias interpretativas para introducir su acceso al campo verbal?, a lo que en definitiva llamamos psiquismo o fuero interior.

Se va dibujando entonces una infancia con un padre loco y una madre ajena, no disponible, que producen esta mujer niña, que habla sí misma como si no fuera ella misma, desapropiada de sí... Y en reemplazo de esta introspección frustra, intenta leer y descifrar en mi rostro y reacciones -como espejo impotente- una significación de su narrativa, en vez de significar, qué y cómo la afecta lo que esta historia comporta para ella.

\* \* \*

#### **Expongo un Material clínico, - Protocolo de un inicio de análisis.**

Aquí me ofrezco como carne de cañón al difícil tema de la transferencia del analista, que no es contra nadie, sino ineludible herramienta de trabajo. Seguramente han entendido apenas la mitad de lo que he querido decirles. Es un protocolo que nadie podría haberlo hecho como yo. Habrá mucho mejores o mucho peores, más sagaces o

más tontos, más teñidos de tal autor o tal escuela o de tal otro. Pero un protocolo clínico es un cuadro con firma de autor, humilde o grandioso, pero con letra propia. Como la manera de escribir o hacer el amor, cada ser humano es aprendiz de brujo aunque las cosas parezcan parecidas a como las hicieron Adán y Eva, pero cada uno se cae del paraíso a su manera. Claro que Freud es el inventor y dejó su legado y tradición, pero no lo copiemos. La función del analista no es unificable en un esquema teórico-clínico, regular y homogéneo, prescriptivo, es falso decir soy Kleiniano, Bioniano o Lacaniano. Es enajenante. Como dice Piera Aulagnier: *las teorías pueden cadaverizar un texto*. Mannoni sostiene que: *“la experiencia del análisis sólo es tal cuando es original, y a reinventar”*, o como dice mi amiga, Moti de Mello: *“la mejor manera de recibir una herencia es serle infiel. Elegir una herencia es recoger y reformular sus puntos de incredulidad”*

No mimeticemos la lógica de las ciencias naturales de buscar las regularidades observables, homogeneizantes, comparables entre sí, sino lo singular en la diversidad. Noción tan precisas o tan vagas como la de madre suficientemente buena, pero no un modelo fijo. Cada madre analista disponible es la única que puede ser y buena y mala, alternativamente. La función del analista, como la de madre o padre, se juega allí, en vivo y en presencia, y sus aciertos y errores no se miden con una regla lineal que mide lo justo o injusto, lo falso y lo verdadero. No hay objetividad, sino pregnancia subjetiva de la implicación y veracidad del intercambio.

Me arriesgo a mostrar mi modo de construir un protocolo. Los puntos donde se trenzan y se anudan las transferencias del paciente y el analista, construyendo una novela única, a veces -como lo pretendo- comunicable y compartible, sin acudir a los lugares comunes de ser Kleiniano, Bioniano, o Lacaniano, que son modos de evitar el riesgo de su carácter único y singular, de sus luces y opacidades.

Lo que quiero entregarles como pan caliente y fresco, es que el protocolo no es sólo el cliché de un paciente, de su historia y psicopatología, sino un modo vivo y encarnado de construir un campo dialógico. Transcribir una sesión, decía E.Rodríguez, no es hacer un acta, sino participar del clima afectivo que allí circuló. Lo hago para dar



encarnadura a lo que Willy Baranger llamaba *fantasía básica de un campo bipersonal*, que no es la historia de un paciente, sino la de un campo dinámico, en el par analista – analizando.

\* \* \*

Vuelvo a Luisa. Cada vez se menos quien es ella y por cautela pido soporte psiquiátrico. Semiológicamente – fenomenológicamente- lo que me asombra es su volatilidad asociativa, la ausencia de un sujeto propositivo y deseante, con cierta coherencia, con una brújula mínima para decirme quién es, qué quiere, qué busca. Las sesiones se vuelven un desborde o descarga catártica. Por ejemplo, con carita angelical o bobba, me cuenta que se embriaga para desinhibirse, baila sobre las mesas, abraza y besa al barman hasta que la expulsan de la discoteca. Toma entonces el auto, huyendo a toda velocidad, dejándome, impunemente, como testigo impotente de su acto suicida. Para muestra basta un botón, podría prodigar ejemplos de conductas autodestructivas. Vuelve a menudo a lo que llama cambios bruscos o disruptivos de su humor. Me dice: “Súbitamente, sin que yo sepa porqué, a mi hermano, a mi novio o a mi madre, no los soporto más. Siento que me dan asco. Y estos cambios no los puedo entender” Este comportamiento se reproduce aquí conmigo, fluctuando entre necesitarme intensamente o proclamar la interrupción de nuestro trabajo porque esto no sirve para nada.

\* \* \*

Cada semana yo me pregunto con cierta desazón, qué Luisa vendrá hoy. Son tan discordantes los relatos que cada vez trae de sí misma, que lo único que consistentemente sé de ella –son los malestares que deja depositados en mi, de una semana a la siguiente.

Como David y Goliat, su frágil figura hace trastabillar todos los saberes que he tratado de reunir al cabo de medio siglo, y como un gigante tonto y aturdido maldigo la precariedad del oficio que he escogido. A pesar de ser refractario el uso de diagnósticos en la adolescencia, de irritarme con colegas que psiquiatrizan su clínica, con Luisa busco orientarme en la nosografía y me extravío, ninguna etiqueta me satisface, y la de personalidad difusa o ambigua me viene a la mente, como algo que sobra y se queda en el cajón de los retazos, porque no hay lugar para ubicarlo ordenadamente en la estantería de la nosografía clásica.

Pienso que (en la diversidad) Luisa es un arquetipo del malestar de las adolescencias actuales y de sus formas de expresarse, más con actuaciones que con conflictos y angustias, verbalmente sostenidas. Conductas de riesgo, auto y heterodestructivas en vez de la novela interior, propia de la cultura en tiempo de Freud, de Proust o Balzac. Es la contracara ominosa de la libertad y la emancipación de los tiempos presentes de la que nos jactamos, de la precariedad de referentes identificatorios que propician la desapropiación de sí mismos, su errancia y extravío en proyectos de formación y vínculos que se inician y nunca concluyen, tanto en el plano amoroso como en el profesional. No conozco el desenlace de nuestro trabajo que no parece halagüeño; pero yo soy su magra esperanza, y sin mi, como psicoanalista disponible, lo probable es la desesperanza o el naufragio. Fallas básicas en la simbolización que desbordan el territorio clásico de la neurosis, donde se decía que los síntomas son la expresión simbólica de los conflictos. Hoy son las actuaciones, las conductas auto o hetero destructivas, o la implicación del cuerpo carnal, lo que grita el sufrimiento adolescente. Grito ensordecedor que impide oír el dolor psíquico, espacio mental que se muestra como vacío o devastado. La lealtad a la herencia freudiana es reparar o restaurar el espesor de este espacio psíquico del conflicto. Porque estamos hechos de palabras y de leyendas tanto como de carne y cromosomas.

Termino con palabras del último Premio Nobel de Literatura, el francés J.M.G. Le Clézio: *“Nosotros, que hemos aprendido a hablar, ¿cómo podemos aceptar que nos muestren esa incapacidad insolente, ese mutismo tanto más odioso cuanto que nos parodia, haciendo el simulacro que está de nuestro lado, para aumentar la eficacia de hacernos caer en ridículo?”*<sup>3</sup>

\* \* \*

**Marcelo N. Viñar**

E-mail: [marvin@belvil.net](mailto:marvin@belvil.net)

Montevideo – Uruguay

---

<sup>3</sup> J.M.G.Le Clézio, « Dossier Wolfson ou L'affaire du Schizo et les langues »; l'arbalète gallimard; 2009; p.41 « Nous, qui avons appris à parler, comment pouvons-nous accepter que nous soit montrée cette infirmité insolente, ce mutisme d'autant plus odieux qu'il nous singe, qu'il fait semblant d'être de notre côté, pour mieux nous tourner en dérision? »